



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Miguel Echegaray.)



Por *El Domingo de Ramos* la habrá tomado la prensa conmigo... ¡Buenos disgustos tendría... si la leyera!

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—'Qué caprichosa', por Juan Pérez Zúñiga.—José Estremera, por Sinesio Delgado.—Reventadores de antaño, por Angel R. Chaves.—El Quin, por Clarín.—Cuento batarro, por Alberto Casañal Shakery.—Ventajas de los malos, por José Rodzo.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Miguel Echegaray, por Cilla.—José Estremera (fotografía directa).—Embajadas (cinco viñetas).—El Quin (cinco viñetas).—La legión del sable, por Cilla.



DE TODO UN POCO

Los edificios públicos se desploman ó tienden á desplomarse.

Días pasados circuló la noticia de que el hospital de San Juan de Dios se había venido al suelo por sí mismo, y la Diputación provincial se alarmó toda.

Felizmente, el hundimiento era cosa de poca importancia, pero

se espera la catástrofe «definitiva» de un momento á otro.

Hay persona que se dirige todas las mañanas al hospital y pregunta al conserje:

—Diga usted, ¿ha habido derrumbamiento durante la noche? ¿Sabe usted si entre las víctimas está una joven rubia, llamada Melitona? Caso de que le haya cogido debajo la desgracia, hágame usted el favor de darme sus restos para conservarlos.

No tienen bastante con sus dolencias propias los asilados de San Juan de Dios, sino que, además, viven expuestos á que se les vengán encima las paredes, y alguno oculta la cabeza entre las sábanas, y dice á su colateral:

—¡Ea, abur! Hasta el otro mundo, si es que nos vemos por allí. Si queda usted vivo por una casualidad, hágame el favor de cortarme un poquito de pelo y entregárselo á mi novia, que vendrá seguramente á recoger mi baúl.

Ea bien triste esto de que la Diputación pierda su tiempo en discusiones líricas, y en cambio no se ocupe en terminar el nuevo edificio destinado á refugio de enfermos.

El mejor día vamos á saber de un asilado, y nos contesta un dependiente de aquella santa y *deleznable* casa:

—Anoche se hundió la sala número 9, donde estaba el pobre cito. De él no quedan más que cinco pedazos y un pantalón en mal uso. Los demás restos se los ha guardado la Diputación para sí.

—¿Qué va á hacer con ellos?

—Un museo anatómico que simbolice las glorias de nuestra administración provincial.

Los moros de la embajada continúan recibiendo peticiones de dinero.

Todo el mundo se considera con títulos suficientes para sacarles un par de duros á tres, según caigan las pesas.

Ya hay hombre que anda por ahí luciendo una boquilla de espuma de mar y diciendo á los amigos:

—Éste ha sido un obsequio del embajador.

—¿Le conoce usted?

—No le trato personalmente, pero nos escribimos. Le puse una carta fingiéndome hija natural de un moro y pidiéndole cinco duros, y Brisha, como es tan cariñoso, me los envió en nombre del Profeta, que en paz descanse.

Hay una señora que ha ido cinco veces al hotel de Rusia, con el fin de sacarles seis pesetas á los mogrebijos. Acompañala una hija, que por lo flaca parece un sacatrapos.

—¿Está el Sr. de Brisha?—pregunta la madre.

—Está, pero no se le puede ver—le contestan.

—Venía á decirle que mi esposo era de Tetuán, y al morir nos le dejado sin nada que ponernos. Puede que el Sr. de Brisha le haya conocido como mahometano y como comerciante en babuchas.

—¿Sabes quién está ahí?—dice un esposo á su esposa al tiempo de acostarse.—El embajador de Marruecos.

—No le conozco más que para servirle.

—Ni yo; pero le voy á escribir cuatro letras pidiéndole diez duros. Para él un billete de cincuenta pesetas no será nada.

—¡Claro!

—Y pienso mandarle además las papeletas del Monte, para que conozca nuestros apuros.

Al día siguiente, el secretario del embajador recibe una carta concebida en esta forma:

«Muy señor mío y de todo mi aprecio (dos puntos): Paso á decirle que soy un pobre cesante de la Sala de Ultramar con toda la ropa empeñada y una tos que da pena oírme, por cuya causa remito á usted las adjuntas papeletas, que le ruego me devuelva, juntamente con doscientos reales, á ser posible.

»Y con esto no canso más. Recuerdos de mi señora para usted y los caídos, y queda suyo seguro servidor q. b. s. m., *Celedonio Minuta.*»

Mi querido amigo Manuel Matoses ha logrado un merecido y ruidoso triunfo en el coliseo de la Comedia por el arreglo de una obra de Shakespeare, cuyo título no sé escribir en inglés porque no soy culto, pero que mi compañero titula *La fiercilla domada*.

Matoses recibió gran número de abrazos la noche del estreno, y daba pena verle con la camisa arrugada y los pelos en desorden.

—¡Bravo! ¡Superior!—le decían sus admiradores estrechándole contra el seno.

¿Quién no ama la gloria? ¿Quién puede sustraerse á los halagos de un éxito favorable y productivo?

Pues, sin embargo, hay autor que la noche del estreno anda por el escenario nervioso y mustio.

—¿Tiene usted miedo?—se le preguntó.

—Sí, señor, porque de todas maneras voy á ser víctima propiciatoria.

—¿Cómo?

—Si no me silba el público, me estrujarán los admiradores y me pedirán dinero los sablistas de costumbre.

Efectivamente, si el autor ha conseguido un triunfo, al otro día recibirá dos docenas de visitas de todas clases, y algunas con grave detrimento para su bolsillo.

Primero llegan los parientes cariñosos.

—¡Ven acá, picaronazo! ¿Conque esas tenemos? ¿Conque has hecho una comedia de primer orden, según he leído en los periódicos?

—No haga usted caso, tío.

—¿Cómo que no? Ya quisiera mi hijo tener el talento tuyo; pero él está cada día más torpe.

—¿Les ha escrito á ustedes?

—Sí, desde Irún; allí le tenemos de vista en la aduana; pero le están formando un expediente en la dirección general del ramo.

—¿Por qué?

—Porque el otro día aforó como melocotones en conserva dos frascos de fetos en espíritu de vino.

Después de los parientes llegan los pedigüeños vulgares:

—Servidor de usted, don Manolo.

—Muy señor mío y dueño.

—Yo soy poeta, y vengo á solicitar de usted un favor de á duro, en vista de lo que ha gustado su obra. Tengo once hijos, sobre poco más ó menos, y á mi señora muy adelantada. Además, el jueves me caí en la calle de Relatores sobre una criatura, y tuve que abonar por ella cinco duros y medio porque la estropeé del todo...

¡Ay, Manolito! Bueno es triunfar; pero ¡te habrán dado cada disgusto, estos días, tus admiradores!..

Luis Taboada.

*

¡Qué caprichosa!

No es raro que compre
doña Estefanía
cuantos versos venden
en la librería,
ni que autores grandes
y autorcucos chicos
le hayan puesto copias
en los abanicos,
ni que tenga un álbum
lleno de primores,
en donde han cantado
muchos trovadores.
Tiene copias (y esto
ya es extraordinario)
hasta entre las hojas
del devocionario;
y hace pocas noches
no sé quién decía
que se suena en verso
doña Estefanía,
pues en las cenizas
de sus pañolitos
le han ido poniendo
versos muy bonitos.
En el tarjetero
lleva madrigales
con sus respectivos
ripios colosales.
Tiene en su aposento
(no exagero á ustedes)
llenas de romances
todas las paredes,

y en sus almohadones
y en sus camisetas
han colaborado
todos los poetas.
Bueno; pues anoche
doña Estefanía
me mandó una carta
(sin ortografía)
dándome el encargo
de que la escribiera
versos en el fondo
de la ensaladera.
Es una tontána;
mas como me han dicho
que la Indiana paga
cero su capricho,
voy á ir á su casa
y aunque me sonroje
la pondré versitos
donde se le entoje.
La pondré, si gusta,
castro segaidillas
en los contrafuertes
de las spatillas
y todo un poema
dentro del paraguas
y otro en el mangaito
y otro en las enaguas,
y hasta en los riñones,
en un santiamén,
la pondré un soneto
si lo paga bien.

Juan Pérez Suiñiga.



JOSÉ ESTREMERÁ

—¡Lo veis?—nos decía.—¡Ah! estáis cruzados de brazos, mirándome todos, y sin hacer nada para salvarme! Sabéis que me muero y no procuráis evitarlo... ¡Vamos, muchachos, movéos! ¡Qué hacéis así?...

¡Y qué horroroso debía de ser semejante suplicio!
Rodeábamos, en efecto, su lecho de muerte sus amigos del alma, inmóviles, mudos, con el nudo del dolor en la garganta y oyendo las tristes súplicas del infeliz enfermo, sin atrevernos á consolarle, sin fuerzas ni medios para atenderlas. Y él insistía, nos miraba con sus ojos vívidos, y se pintaban en su demacrado rostro la horrorosa angustia, el profundo convencimiento de que cuando nosotros, sus hermanos, no le ayudáramos con todas nuestras fuerzas, su fin estaba próximo y la lucha sería inútil.

Así, tras largas horas de sufrimiento, nos dejó para siempre el mejor de los amigos, el más noble y leal de los caballeros y el más honrado de los hombres.

Y una noche, la noche más horrible de nuestra vida, los que de mucho tiempo atrás nos reuníamos en torno á la mesa del café, fundiendo en el crisol del trato íntimo los distintos gustos y caracteres, nos encontramos allí, en el despacho de Estremera, alumbrados por cuatro blandones, rodeando silenciosos su cadáver.

En el mismo sitio en que yacía, desfigurado por la muerte, nos habíamos congregado muchas veces para leer obras dramáticas, discutir planes, tratar de libros ó intervenir directa ó indirectamente en casi todas las luchas y azares de la vida artística y lite-

raria de los últimos tiempos. Y allí estaban, formando triste contraste con el lúgubre cuadro, los recuerdos de una vida consagrada al trabajo y al estudio: estantes repletos de libros, lienzos de los mejores pintores, retratos con cariñosas dedicatorias de los hombres más notables de la época, cuartillas de apuntes, coronas de laurel recogidas en las victorias del teatro...

Al otro día le dejamos allá lejos, abandonado, solo, para siempre perdido... y la nieve cayó en copos apretados, y nos pareció que no caía como otras veces, sobre el campo todo, sino solamente sobre el cuerpo del pobre Estremera, para hundirle más en la tumba, para separarle más de nosotros, para afirmar rápida y brutalmente el poderío de la materia.

Desde entonces, los que quedamos, los pocos que quedamos, al volver á juntarnos, por las bárbaras leyes de la necesidad y de la costumbre, en derredor de la misma mesa del café donde se han hermanado nuestras almas, contemplamos aquella silla vacía con el verdadero dolor de los hombres, que oprime el corazón y sella los labios, y callamos; callamos por el ridículo y pueril temor de que la palabra dé rienda suelta á las lágrimas.

Porque Estremera no era solamente literato de exquisito gusto, de instrucción sólida, de inteligencia clarísima, sano y juicioso en el consejo, serio y atinado en las observaciones, noble, leal y firme en los afectos; no era solamente autor dramático hábil, ingenioso y concienzudo, ni poeta de verdad, correcto y sentido...

Era, además, bueno. ¡Bueno sobre toda ponderación y más que nadie!

Sincero Delgado.

REVENTADORES DE ANTAÑO

(RECUERDOS DE HACE DOS SIGLOS)

I

Del palacio del Retiro en el regio caliseo la reina doña Mariana de tomar acaba asiento. Su majestad don Felipe, por cansado ó indispuesto, no pudiendo acompañarla, se retiró á su aposento, y aunque ya muy decaída anda la afición del pueblo hacia el arte que ilustraron Lope, Alarcón y Moreto, como en la corte se sabe que la reina más apego que á literarios primores, que aprecia mal su talento, tiene á las ridículas zarzuelas con que á silbos y decaustos suele la mosquetería traer el patio en infierno, ya que á Madrid no llegara esa tropa de extranjeros, la sala que con sus trinos da á su majestad contento, se ha procurado ante todo, apelando á cualquier medio, que llena está la *cazuela* y lleno el *degoiladro*.

II

¡Buena tarde, por mi vida, es la que depara el cielo al que, tras de mil afanes, muestras va á dar de su ingenio! Trabajo al novel poeta costó hacer oír sus versos á un autor de compañía arisco, infatuado y necio. Pero á cobrar resignado algunos ducados menos, al fin para su comedia tuvo un rincón el prósteno. Y no está mal, á fe mía, que, sin ser ningún portento, gallardo en las relaciones, delicado en el gracejo, á muchos codos su obra está de más de un engendro de esos que son á diario de vtores mil objeto. Mas ¡ay! ya para primores no van estando los tiempos,

y la primera jornada se oyó con tanto silencio que los buenos cortesanos, que siempre galantes fueron, al ver en su soberana mal disimulado el tedio, torterando sus magines, su ingenio en prensa poniendo, buscaron medio de darle más gratos esparcimientos.

III

Y no fué tiempo perdido, ni, á juzgar por los efectos, debió de dejar la plebe de secundar sus deseos, puesto que, desde el instante en que para dar comienzo á la segunda jornada la dama empezó un soneto, tamaños silbos y voces el espacio ensordecieron, tan espantables rugidos dejó escapar todo pecho, que ya reventar de risa hiciera al más grave y seri ver de pepinos y coles casi el tablado cubierto, si la atención no llamaron las señas de espanto y miedo causadas en las mujeres, por el peregrino invento de un chusco que en la cazuela soltó ¡Dios le dé su premio! dos lagartos y una rata tamaño como un conejo.

IV

Verdad es que la comedia no pudo acabar con esto, y que el poeta incipiente sufrió un sofocón soberbio; mas como la reina estuvo una semana riendo y complacido y alegre quedó del jolgorio el pueblo, no faltó quien, recordando triunfos que allí consiguieron Lope, Calderón y Rojas, Tirso, Alarcón y Moreto, murmurara: ¡Tras de todo, mal estáis cosas no encuentro, que al fin y al cabo, el teatro ¿qué es más que un divertimento?!

Angel R. Chaves.

Embajadas.



—El emperador ha tenido á bien nombraros embajador en España. Y aqui tenéis el correspondiente despacho.
 —¡A España! ¿Me mandan de embajador á España?
 —Así parece.
 —Diga usted, y... ¿no podríamos hacer algo para cambiar ese destino por otro igual en la Patagonia?



—¡Por fin vuelves sano, amado mío!
 —Sí; el poderoso Alá me ha protegido contra los cristianos, y se han contentado con darme un tironcito de crejas.



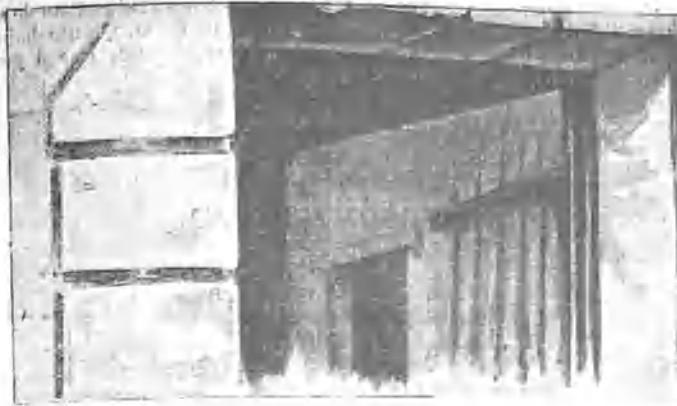
—¡Míá cómo me ha puesto!
 —Y tú ¿qué vas á hacer?
 —Pues... escribir á Sidi Brisha pa que me lleve con él á casa de los duques, á ver si me consuelo.



—¿Qué va á ser?
 —Un vaso de leche.
 —¿Con mojiçón?
 —No, de ninguna manera; que me van á tomar por ministro plenipotenciario.



—¿Has sabido lo de Madrid? ¿Qué te parece?
 —Me parece un aviso de Mahoma para que vayamos á descubrir y civilizar aquellos países...



El Quin.

Lo siento por los que en materias de gusto no tienen más criterio que la moda, y no han de encontrar de su agrado esta verdadera historia, porque en ella se trata de estudiar el estado de alma de un perro; y ya se sabe que al arte psicológico, que estuvo muy en boga hace muchos años, y volvió á estarlo hace unos diez, ahora les parece pueril, arbitrario y soso á los *modistos* de las letras parisienses, que son los tiranos de la última novedad.

Los griegos, los clásicos, no tenían palabra para el concepto que hoy expresamos con esta de la moda: allí la belleza, por lo visto, según Egger, no dependía de estos vaivenes del capricho y del tedio. ¡Ah! los griegos hubieran podido comprender á mi héroe, cuya historia viene al mundo un poco retrasada, cuando ya los muchachos de París y hasta los de Guatemala, que escriben revistas efímeras, se burlan de Stendhal y del mismísimo Paul Bourget.

De todas suertes, el Quin era un perro de lanas, blanco. Él no sabía por qué le llamaban el Quin, pero estaba persuadido de que éste era su nombre y á él atendía, satisfecho con este conocimiento relativo, como lo están los filósofos positivistas con los suyos, que llama Clay conocimientos sin garantía, y que no alcanzan más firme asiento. Si hubiera sabido firmar, y poco le faltaba, porque perro más listo y hasta nervioso no lo ha habido, hubiera firmado así: El Quin; sin sospechar que firmaba, aunque con muy mala ortografía: *Yo el Rey*. Sí, porque, sin duda, su verdadero nombre era King, rey; sólo que las personas de pocas letras con quien se trataba pronunciaban mal el vocablo inglés, y resultaba en español Quin, y así hay que escribirlo.

Mayor ironía, por antifrasis, no cabe; porque animal que menos *reinas* no lo ha habido en el mundo. Todos mandaban en él, perros y hombres, y hasta los gatos; porque le parecía una pre-ocupación de raza, indigna de un pensador, dejarse llevar del instinto de antipatía inveterada que hace enemigos de gatos y perros sin motivo racional ninguno.

El Quin había nacido en muy buenos pañales: era hijo de una perrita de lanas muy fina, propiedad de una señorita muy sensible y muy rica, que se pasaba el día comiendo bombones y leyendo novelas inglesas de Braddon, Holifant y otras escritoras británicas. Nació el Quin, con otros cuatro ó cinco hermanos, en una

cesta muy mona, que bien puede llamarse dorada cuna; á los pocos días, la muerte, más ó menos violenta, de sus compañeros de cesta lo dejó solo á sus anchas con su madre. La señorita de las novelas le cuidaba como á un príncipe heredero; pero según crecía el Quin, y crecía muy de prisa, iba marchitando las ilusiones de su ama, que había soñado tener en él un perrito como, una



miniatura de lana como seda. La lana empezó á ser menos fina que la de la madre, aunque muy blanca y rizosa; la piel era como raso, purísima, suaveada... pero el Quin plaba cada vez más. Un perito declaró á la señorita fantástica que se trataba de un bastardo; aquella perrita, preciso era confesarlo! había tenido algún deslíz; había allí cantuburnio; por parte de padre el Quin era de sangre plebeya sin duda... De aquí se originó cierto desapego de la sensible española inglesa respecto del perro de sus ensueños; sin embargo, se le atendía, se le trataba como á un infante, si no ya como á príncipe heredero. Al principio, por miedo á que lo arrojaran á la calle, á la vida de vagabundo, que le horrorizaba, porque es casi imposible para un perro, sin el pillaje y el escándalo; al principio el Quin procuró mantenerse en la gracia de su



dueño haciendo olvidar el vicio grosero de su crecimiento aborrecido, á fuerza de ingenio... y, valga la verdad, payasadas.

Un escritor muy joven y de mucho talento, Mr. Pujo, en un libro reciente, hace una observación muy atinada, que no me coge de nuevas, respecto de lo mucho que se engañan las personas mayores, de juicio, respecto del alcance intelectual de los niños. El niño, en general, es mucho más precoz de lo que se piensa. Yo de mí sé decir que, cuando contaba muy pocos años, me reía á solas de los señores que me negaban un *buen sentido* y un *juicio* que yo poseía hacía mucho tiempo, para mis adentros. Pues esto que les suele pasar á los niños, le pasaba al Quin, que había llegado á entender perfectamente el lenguaje humano á su manera, aunque no distinguía las palabras de los gestos y actitudes, porque en todo ello veía la expresión directa de ideas y sentimientos. El Quin no acababa de comprender por qué extrañaban los hombres que él fuera tan inteligente; y los encontraba ridículos cuando los veía tomar por habilidad suma el tenerse en dos pies, el cargar con un bastón al hombro, hacer el ejercicio, saltar por un

aro, contar los años de las personas con la pata, etc., etc. Todas estas nimiedades, que le conservaban en el favor relativo de su ama, le parecían á él indignas de sus altos pensamientos cosa de comedia que le repugnaba. Sise le quería por payaso, no por haber nacido allí, en aquel palacio, poco agradecimiento debía á tal cariño. Además, delante de otros perros menos mimados, que no hacían títeres, le daba vergüenza aquel modo de ganar la *vita bene*. El deseaba ser querido, halagado por el hombre, porque su naturaleza le pedía este cariño, esta alianza misteriosa, en que no median pactos explícitos, y en que, sin embargo, suele haber tanta fidelidad... á lo menos por parte del perro. «Quiero amo, decía, pero que me quie



ra por perro, no por prodigio. Que me deje crecer cuanto sea natural que crezca, y que no me enseñe como un portento, poniéndome en ridículo.»

Y huyó, no sin esfuerzo, del palacio en que había visto la luz primera.

**

Pasaba junto á la puerta de un cuartel y el soldado que estaba de centinela le llamó, le arrojó un poco de queso y el Quin, que no había comido hacia doce horas, porque todavía no sabía buscárselas, mordió el queso y atendió á las caricias del soldado. ¿Por qué ir más lejos? El amo si lo quería; la vida de *perdis* le horrorizaba; si le admitían, se quedaría allí. Y se quedó. Ocultó al regimiento, que á poco *prohijó* al animal, las habilidades que tenía; pero dejó ver su nobleza, su lealtad; y todo el cuartel estaba loco de contento con el Quin, cuyo nombre se supo porque lo llevaba grabado en el collar de cuero fino con que se había escapado.

Desde el coronel al último recluta, todos se juzgaban dueños y amigos *pro indiviso* del noble animal. El Quin ocultaba sus gracias, su gran ingenio, pero se esmeraba en las artes de la



buena conducta, era leal, *discreto* en el trato, *varonil*, hasta donde puede serlo un perro; en su fidelidad al regimiento no había nada de amanerado, de comedia. Era el encanto y el orgullo del cuartel y á él no le iba mal del todo con aquella vida. Desde luego la prefería á la del palacio. A lo menos aquí no era un bufón, y podía crecer y engordar cuanto quisiera. Huía de que le cortaran la lana al ras del pellejo, porque no quería lucir la seda de color de rosa de su piel; no quería mostrar aquellas pruebas de su origen aristocrático. La lana larga le parecía mejor para su

modestia, para su incógnito; la llevaba como una mujer honesta y hermosa lleva un hábito. Procuraba estar limpio, pero nada más.

Trabó algunas amistades por aquellos barrios y le presentaron sus compañeros en el oficio de visitacalles á una eminencia que llamaba muchísimo la atención en Madrid por aquella época. Le presentaron al *perro Paco*. El Quin le saludó con mucha frialdad. Le caló en seguida. Era un *poseur*, un cómico, un bufón público. En el fondo era una medianía; su talento, su instinto, que tanto admiraban los madrileños, eran vulgares; el perro Paco tenía la poca dignidad de hacer valer aquellas habilidades que otros canes ocultaban por pudor, por dignidad, por no merecer la aclamación humillante de los hombres que se asombraban de que un perro tuviera sentido común. Entre los perros, *Paco* llegó pronto á des-acreditarse; los más grandes de su especie, ó lo que fuere, le despreciaban en medio de sus triunfos populares; prostituía el honor de la raza; todo su arte era una superchería; todo lo hacía por la gloria; llegó al histrionismo y al libertinaje asqueroso. Las vicisitudes de los colmados, sus hazañas de la plaza de toros las vituperaban los perros dignos, serios, valientes y las miraban como Agamemnon y Ajax, de Shakespeare, los chistes y agudezas satíricas de Torsites.

El Quin era de los que le desdénaban más y mejor, si'n decirse-lo. El *perro Paco* cada vez que le encontraba se *ponía colorado*, como se ponen colorados los perros negros, es decir, por los ojos,



y en su presencia afectaba naturalidad y fingía estar cansado de aquellas vida de *parada*, de exhibición y plataforma. Por no ver aquellas cosas, el Quin deseaba salir de la corte. «Perro chistoso, pensaba el Quin, recordando á Pascal, mal carácter.» Empezó,

además, á encontrar poco digno de su pensamiento, más hondo, la vida del cuartel. Algunos soldados eran groseros, abusaban de su docilidad... y aquella fama de perro leal que tenía, y tanto había cundido, acabó por molestarle. Deseaba ocultarse. Irse á provincias; pero ¿con quién?

Clarín.

(Se concluirá.)

Cuento baturro

Por un camino que conduce á Borja un baturro camina.

Lleva al hombro una alforja y dentro de la alforja una gallina y una bota completamente llena de un vino superior de Carifena.

(Si durante el relato el paciente lector va á estar aburrido, convendrá que se fije en este dato, que es el más importante de mi cuento. Hecha esta observación, que es importante, sigamos adelante.)

Pues señor, es el caso que iba el baturro del hombre paso á paso continuando la ruta comenzada, cuando, un poco antes de llegar á Borja, la gallina citada

se escapó de la alforja. Fuese desuido ó fuese lo que fuese, habiéndose evitado este (suprimo el baturro del cuento si le hubiese reforzado el pescuezo,

y por no proceder de esta manera, apenas la gallina se vio libre,

como es de suponer, cacareando por verse libre, se marchó saltando. Quedó el baturro al verlo mas sereno y, deteniendo el paso, dijo:—

—*Se m'ha escapada! Por desgracia, aunque otro en mi lugar s'aparraría, porque la hi de cogere, se hi asegurado: aunque me dé trabajo hi lo el día.*

Y antes de dar principio á una faceta, en la que puso verdadera empeño,

cogió la bota, que llevaba llena de vino superior de Carifena, y echó con ella un trago... no pequeño. Después de hacerle este saludo al vino, se fué en ruta detrás de la gallina, que seguía la misma

sin dejar de correr por el camino. —(Otra que Dios! No va poco ligera!)

—*Y he de valer tan poco que no hi de cogere! Como fuera el que no la cogiera*

dimpus de haber corrido como un león!

Detuvo su instante el testarudo y, cuando le hizo al vino otro saludo, mirando á la ligada, dijo al verlo:

—*Ya me falta me poco de cogerie.*

Más aunque así el bato hi lo creía, tras ella, cinco veces por lo menos,

corrió sin resultado todavía

y, como antes, las fuerzas que perdía recobró con dos tragos de los buenos.

Y ¡es claro! si han tenido suficiente paciencia mis lecturas para oírme,

comprenderán de fijo finalmente, y no se atreverán á darme unirme,

que al quitarse la bota, que iba llena de vino superior de Carifena,

vueltó, el testarudo de mi cuento vió logrado su intento,

pues al fin de cogió, *la cogió*... y burló!

Alberto Corazón Shakery

Tenemos el gusto de anunciar á nuestros lectores que la Biblioteca del MADRID COMICO va á contar dentro de muy pocos días con otro libro de Juan Pérez Zúñiga.

COSQUILLAS

es el título de la nueva obra. Contendrá versos y artículos de nuestro querido compañero, un prólogo de Antonio Peña y Galla y una linda cubierta de Méndez Bringa.

En la Administración de este semanario y en las principales librerías podrá el público adquirir ejemplares al precio de tres pesetas netas.

Nos inclinamos á creer que las *Cosquillas* hechas por Pérez Zúñiga han de regocijar á los lectores. Por lo menos á eso se tira... y Dios nos dé salud para servir muchos pedidos. Amén.

La legión del sable.



—Pues hijo, yo no he podido decir más: que te habías muerto hace quince días y no tenía con qué enterrarte, que me habías dejado seis niños, el mayor de año y medio, y que estaban los seis desnudos y llorando sobre tu cadáver.

—¿Y no te han dado nada?

—Ni diez céntimos.

—Pues desde ahora hay que aumentar las criaturas y matarme un par de semanas antes...

Ventajas de los malos.

Quando se muere un pilla,
todo cristiano,
recordando del muerto
los hechos malos,
le compadece
y que «Dios le perdone»
repite siempre.
Los seres más devotos
de la familia
van á que el sacerdote
le diga misas,
y por el muerto
rezan á todas horas
salves y credos.
Pues las gentes, pensando
que Dios, de fijo,
va á obligarle á que pague
sus desvarios,
ponen en práctica
cuanto les aconseja
su fe cristiana.
Y es natural, supongo
que, al fin y al cabo,
lograrán que al que en esta
vida fué malo

Dios le perdone,
al escuchar del mundo
las oraciones.
Pero si muere alguno
de esos benditos
seres, que no tuvieron
jamás un vicio,
ni blasfemaron
y que, en fin, fueron siempre
casi unos santos,
no hay nadie que repita
«Dios le perdone»,
creyendo que no le hacen
falta oraciones,
y, por ser bueno,
á ése nadie le reza
ni un padrenuestro.
De modo que si el pobre,
siendo un bendito,
tenía como todos,
sus pecadillos...
¡buena le espera,
si Dios, con sus bondades,
no lo remedial!

José Rodau.

CHISMES Y CUENTOS

[Loado sea Dios, ó Alá, para contentar á todo el mundo!
La poesía estará llamada á desaparecer de la vieja Europa, pero florecerá, prosperará y dominará en los abrasados arenales africanos. Y del lobo un pelo.

Callará aquí Grilo, si á mano viene, y nos pasaremos sin sonetos á las personas reales y grandes de España adyacentes, pero nos quedará allá, á la sombra de las palmeras de Marruecos, el simpático secretario de la embajada *vigente*, capaz de endilgarle estrofas encomiásticas al lucero del alba y á todos los demás luceros.

¿Que le presentan un duque? Quintillas al duque.
¿Que le saluda una condesa? Soneto á la condesa.
¿Que le hablan del pilón de la Cibele? Oda al pilón.
Y la gente se muere de risa por la gracia.

[Dios nos conserve á todos el buen humor y las imaginaciones ardientes!]

El alcalde, señor conde de Romanones, ha tenido la amabilidad de invitarnos á una reunión que tiene por objeto tratar de las próximas fiestas de Carnaval.

No hay para qué decir que agradecemos de veras la invitación... aunque no acudamos á la cita, porque ¡pártanos un rayo si nos queda tiempo para nada!

Pero conste que, desde luego, estamos de acuerdo con el señor alcalde en lo de echar á las máscaras al Retiro.

Y si pudiera ser mandarlas más allá del puente de los Franceses, mejor que mejor.

Porque eso de separar medio Madrid del otro medio durante cuatro días era un poco fuerte.

Por lo cual no estaría mal que, sentado este principio, se diera la orden de que las revistas militares, procesiones, etc., se celebraran en el propio paseo de coches, donde los aficionados á perder el tiempo podrían salirse con la suya sin perjudicar á sus coterráneos.

De dos maneras aseita
á las gentes mi barbero:
una cuando hace la barba,
y otra cuando escribe versos.

Quince años hace que tienes
relaciones con el mismo.
Cuando te cases, diremos:
Por fin se ha casado Olvido.

FRANCISCO AGUADO ARNAL.

Del amor partidaria decidida,
fuma, baila, se rinde y enamora...
¡Y se muestra ofendida
cuando alguno la llama pecadora!

RAMÓN ASENSIO MAS.

Volvamos á los embajadores marroquíes.
¡Qué remedio queda? ¡No se puede hablar de otra cosa!
El caso es que, si buenos obsequios reciben, buenas cartas pidiéndoles dinero les cuesta. Porque aquí, para vengarnos de las razas enemigas, todos los medios nos parecen excelentes, y hay una legión de defensores de la cruz que no vacila en saquear á los perros infieles, aunque sea por medio de añagazas.

¡Lo que habrá pensado de nosotros la embajada de Abd-el-Aziz!
Lo menos que se les habrá ocurrido es que somos unos sinvergüenzas.

Pero... del mal el menos.
Gracias á los buenos oficios de un *reporter*, ya sabemos que hay un cadí que tiene unos ojos muy hermosos.
¡Ay, hija! Y que les gustan mucho á las niñas sensibles.
¡Alá se los conserve!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Robinson.—La idea es vulgar, pero además he de advertir á usted que en los romances está terminantemente prohibido aconsonantar los versos.

Ballon d'essai.—Tanto los cantares
como el *sucedido*
son algo vulgares
y un poco anodinos.

Sr. D. J. R.—Están bien, como todo lo que usted hace; pero, sin poderlo evitar, ha pasado la oportunidad, me parece.

Sr. D. J. C.—Tampoco está mal. Pero ese sistema estuvo en boga hace muchos años y se gastó pronto.

Sr. D. J. G.—No; aquí hay que dejar á López Silva solo en esas cosas, ¿usted comprende?

Brujerías.—La cosa es que... tienen tan poca gracia, queriendo tenerla!
Sr. D. E. T.—Cómo usted mismo comprenderá, ni por el asunto ni por la forma es de la índole del periódico, porque es serio, sin mezcla de humorismo de ninguna clase.

Minguit.—Son tan poquita cosa física y moralmente...

Sr. D. E. M. D.—Revelan buenas condiciones. Le falta paciencia y estudio constantes. La firma está imitada admirablemente.

Cortadillo.—No; si no versifica usted mal. Pero... hay que buscar asuntos salientes ó dar novedad á los viejos.

Amigo Sparmi.—No; si no es sistemática la oposición á admitir artículos. Es que como, generalmente, no se publica más que uno en cada número, aparte de la crónica, y hay en la redacción muchos prosistas... no podemos dar salida al género...

Fr. F.—Ha tomado usted demasiado en serio la vida del campo. Tan en serio... que no pegaría ni con cola en el MADRID CÓMICO.

Don Ruperto.—Vistas las moralejas
y los cantares,
y ellas resultan viejas
y ellos vulgares.

Sr. D. C. V.—Sobre no ser muy propio el estilo, el asunto no tiene nada de particular absolutamente.

El Ho Anagata.—Digo lo mismo de la décima.

Manolo.—Para gansa está bien. ¡Porque no puede ser otra cosa que gansa! Sobre todo lo de la *Valada* con *V*, que sienta como un tiro.

Incipiente.—Carece de novedad, en mi humilde juicio.

N. To.—«Agrupina de mi vida...
¡Oh, mi adorada Agrupina!
tu mirada me fascina
y tus ojos me iluminan
en este mar de la vida.»

¡Rediez! Fijese usted en que los cinco versos de la *guindilla* son asonantes, en que *iluminan* no es consonante de los otros dos, en que *vida* y *vida*, en cambio, aconsonantan más de lo que debieran, y en que... no se puede ir á ninguna parte por ese camino.

Fray Riposo.—Puede pedir el libro en cualquier librería, en casa de Fe, por ejemplo, ó remitir las tres pesetas en sellos á esta Administración. La composición es demasiado larga y demasiado vulgar... (qué se le ha de hacer!

Sr. D. F. F.—Se agradece el recuerdo, pero el soneto sería inoportuno por razones que comprenderá fácilmente.

Franco del Todo.—Habiéramos podido aprovechar alguna, pero eso de firmar con pseudónimo, cuando el pseudónimo no es muy conocido... no es conveniente, ¡qué demostrel!

Antonazo.—Medianilla es, y bien lo sabe Dios.

El gladiador de Rávena.—El soneto no vale la pena por el asunto, y *ainda mais* hay una asonancia en *so* que hace un efecto endemoniado.

Un librecambista.—Como usted habrá visto, eso mismo hemos dicho ya en uno de los números anteriores.

Sr. D. J. M. S.—Me hubiera venido
como anillo al dedo
publicar alguno,
pero ¡guay! no puedo.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPANÍA COLONIAL
TAPIOCA TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPOSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS
COGNACS SUPERFINOS

MARCA REGISTRADA



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MALAGA-MANZANARES

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Representante exclusivo en la República Argentina, D. Luis Cambray, calle Rivadavia, 512, Buenos Aires.

MADRID, 1905.—IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 18 duplicado.—Teléfono núm. 924.